

dichosos los que logran hallar fiel compañera para toda la vida, de la que hacemos nuestra áncora segura, en la que fundamos toda nuestra esperanza á la que hacemos depositaria de nuestra tranquilidad y nuestro sosiego. No hay una literatura, por rudimentaria que sea, que no haya dedicado ternísimos cantos al hogar, á la familia, á la esposa como representación de uno y otra, y justo es confesarlo, nunca la poesía rompió los límites que la sociedad prescribe y que parece dictó la naturaleza misma: siempre que hemos tenido ocasión nos hemos fijado, el poeta jamás cantó otra cosa que el puro y tierno amor, único lazo con que la mujer puede retenernos; nunca los mayores ó menores conocimientos de la que ha de ser madre de nuestros hijos arrancaron una nota al mágico clave, ni se celebró en ocasión ninguna su altivez, ni su fiereza, ni siquiera su talento, y menos aún la riqueza que pudiera poseer: siempre los acentos del poeta, del literato en general, fueron movidos por los encantos de una sonrisa que anima, por recuerdos que hacen nacer en nuestra alma las esperanzas, por caricias que calman nuestras mortales inquietudes. El poeta que nos ocupa en el duro destierro á que se vió obligado, fijó sus miradas en el hogar donde tantas delicias gozó, echando de menos á la dulce compañera, á la cariñosa madre de sus hijos, vuelve á ella los ojos del alma y le dedica un canto, canto del corazón, sublime por lo sen-

cillo de su recitado, admirable por la vida que en él se advierte, por la propiedad en las imágenes, por lo dulce de los conceptos y muy de notar por lo bien manejado que en él se halla el idioma.

Su composición *A María, mi esposa*, es sin duda de las mejores que se encuentran en el libro; en ella se advierte al verdadero poeta, al hombre de corazón y de elevados sentimientos; nada de abstracciones ni sutilidades, nada afectado ni rebuscado, sino, por el contrario, todo natural y sencillo. En cada estrofa hay un acento que llega hasta las intimidades del sér, dignas todas de ser transcritas, pero de las que sólo copiaremos dos para que nuestra humilde opinión quede un tanto autorizada.

Ven cual zénzontle en la callada noche  
Que busca fiel su preferida rama,  
Ven ¡oh María! al corazón que te ama  
Y que anegado en hiel late por tí.

.....  
Mi sombra amiga en el desierto estéril,  
Mi astro benigno en el oscuro cielo,  
Mi esperanza en las horas de desvelo,  
Mi sueño de ventura en la orfandad.  
Faro amigo que el bien me prometía  
Cuando en las olas zozobraba errante,  
Y lo ofuscaba el viento, y él constante  
Y puro para mí quiso brillar.

Combatida el alma por mil efectos contrarios, luchando incesantemente con desengaños que por todas partes nos asedian, y dudando

siempre de todo lo que pudiera llevarle siquiera no fuera más que á la tranquilidad de la conciencia, se entrega á vanos y fútiles placeres en que continúa, gracias á la resbaladiza pendiente que constituyen. Las alteraciones de la vida, y no el tiempo, son las que atrofian al espíritu, son las que prematuramente dejan caer sobre nuestra alma pesos inmensos que le impiden sus libres y espontáneos movimientos; pero todo tiene un término, y cuando el hombre en horas tristes se permite descender á las intimidades de su alma y en medio del mundo se encuentra solo, abandonado y sin nadie que le preste apoyo y le dé consuelo; cuando se considera como oscuro grano de arena en el desierto, entre muchos iguales, es verdad, pero sin ninguno que lo sostenga, se le adhiere y marche con él unido hasta donde lo arrojen los violentos arrebatos del Simoun, entonces recuerda algo que lo consuela y vuelve los ojos al innegable Dios, que se revela hasta en las insignificancias del universo. De que esto es cierto pueden hallarse pruebas, lo mismo en el hombre colectivo que en el hombre individual: en los acerbos dolores que nos atenazan el cuerpo hay una exclamación en nuestros labios formada por su nombre; en los reflejos de una sociedad, de un pueblo, en las primeras manifestaciones literarias se advierten sin gran trabajo; los himnos de Apolo Delio y Apolo Pitio, los cantos de los Arbales y de los Salios, los Salmos, no son otra cosa que invocaciones

á la divinidad en demanda de su protección ó de su clemencia; mas ningunos como los Salmos nos pueden servir de claro ejemplo: el *Miserere* y el *Exurget me*, todos los Salmos de la Penitencia son grandes porque en ellos se refleja el alma que en su dolor se queja, y la hermosa forma en que están expuestos, la elegancia de los conceptos, la profundidad de la idea, son encantos que dan lugar á que una y mil veces que se lean caigamos en profunda meditación á que nos lleva el aislamiento real en que nos vemos.

Las tristes exclamaciones del Profeta que á orillas del Eufrates soñó la patria querida, y puso en boca de sus hermanos sentidísimos acentos: el treno desgarrador escapado en presencia de la corrupción del pueblo, que le hace temer una nueva cautividad, todo hecho invocando la omnipotencia de Dios y su nombre sacrosanto, que á tanta fe se presta y que es indefectiblemente nuestro amparo en las perturbaciones terribles de la vida, son siempre composiciones admirables, en que rebosa unción mística revelada en majestuosa forma, y estas condiciones no faltan en el *Salmo á Dios* del poeta á quien estudiamos. Hubo un tiempo, él mismo lo dice, en que el placer fué su constante sueño; esto nada tiene de extraño, la vida tiene, como la naturaleza, su primavera, y en ella, cual las flores en los prados, se desarrollan las ilusiones, para lo cual todo campo es á propósito; al hombre que nos tiende la

mano llamamos amigo, amada á la mujer que nos halaga; en ninguna mirada vemos fingimiento, ni falsía en las sonrisas, ni veneno en los abrazos, y locos y embriagados, olvidamos ó no hemos aprendido como es el aliento de Judas que vaga en los labios: entonces todas son acariciadoras ideas; tallamos mujeres en las blancas espumas, hacemos dorados palacios con rotos crespones de flotantes nubes á los que damos atmósfera con el perfume de las flores y ruidos con los misteriosos que en la naturaleza encantan. El poeta lo ha dicho admirablemente:

Feliz la vida  
Si en ilusiones vierte su tesoro  
Que ardiente agota la sensual querida.

Mas en la casi segura desgracia que forma el patrimonio del sér humano, llega un día en que se licúa la espuma de los mares y las nubes se oscurecen; se ven gestos en las sonrisas y se gustan tóxicos en los besos; forman los brazos cuerdas que se aprietan, y esta situación, tristísima como ninguna, la ha pintado Prieto admirablemente.

¡Vino el dolor! cual de marchita rosa  
Las mustias hojas al vaiven del viento  
Riegan la tierra,—arranca mis placeres  
Y me entrega desnudo á mi tormento.

.....  
Como inútil despojo de un naufragio  
Así me vieron las extrañas gentes:

¿En dónde está el amor? ¡Ay los amores!  
Huyen su labio á la miseria fría...  
¿En dónde está el placer? ¡Ay los placeres!  
Se agolpan en bullicio y torbellino  
Donde en rauda corriente salta el vino,  
Y venden sus encantos las mujeres.  
¿Dónde está la amistad? ¡Ay! los que lloran  
Piedad encuentran, hallarán abrigo,  
Otro hombre acaso les dará un consuelo  
Cual moneda que damos á un mendigo:  
¿Mas dónde está el amigo?...  
¿En dónde? ¿á quién volverme? La blasfemia  
A mi labio en secreto aparecía  
Cual flecha envenenada,  
En la cuerda del arco reclinada  
Palpitando en la mano del salvaje  
Que no encuentra en el árido desierto  
Un objeto en que cebe su coraje.

Entonces, cuando nos abruma los horrores de la soledad y nos mortifica el cansancio de todo cuanto existe, se vuelven los ojos á la inextinguible fuente de consuelo que para nosotros es el Hacedor Supremo, y lo invocamos reclamando su misericordia infinita, pues sólo en lo superior y eterno á que nos sentimos llamados, podemos hallar alguna satisfacción.

Este es, á nuestro modo de ver, el nacimiento del salmo en el general sentido que esta palabra tiene, y por esto el poeta, lamentando los males que de demasiado cerca le tocan, recurre al consolador extremo que siempre nos queda, se repliega dentro de su sér y no puede menos de exclamar:

¡Bendigo mi dolor! ¿Cuál es el canto  
Digno de tí, Señor?... Tú con un soplo

Diste vida á la mágica armonía;  
Tú, música del orbe, tú la fuente  
Del alma melodía...  
¡Oh! ¡quién pudiera con la luz hablarte!  
¡Quién pudiera cantarte en los perfumes!  
Bastarda encarnación del pensamiento,  
Palabra del mortal, tú no eres digna  
De volar á mi Dios! Por esto abriendo  
Mi corazón á tí bañado en lloro  
Y en éxtasis sublime enmudeciendo,  
De tí me lleno y en tu esencia adoro.

Poeta inspiradísimo, ha recorrido todos los tonos y ha herido las cuerdas con sin igual maestría, probando superiores talentos y una inspiración nada común. No sabemos que es más de admirar en él, si la profundidad de la idea ó la espontaneidad y fluidez de la forma; mas es lo cierto que constituyen ambas condiciones un todo que forma su gloria. Muy largo tendría que ser nuestro trabajo si quisiéramos dar, aunque no fuera más que una somera idea de cada una de sus composiciones: en todos los trabajos anteriores, semejantes á éste, hemos dicho y repetimos que es sólo nuestro designio dar una general idea del carácter de cada poeta; por esto, ya que nuestros conocimientos no son bastantes á dar amenidad á la extensión, procuramos siempre ser breves; pero por el mismo motivo, no podemos terminar sin ocuparnos de Guillermo Prieto como poeta satírico, pues en este género debe ocupar también un puesto importante entre los de su país.

Taine, el reputado cuanto elegante crítico, ha dicho muy acertadamente, que la sátira es hermana de la elegía, y efectivamente, no podemos desconocer la verdad de tal aserto; el dolor muchas veces se manifiesta en risas, mas estas carcajadas tienen un sello especial, gracias al que las composiciones en que brillan, han sido llamadas sátiras. Cuanto choca como cuanto duele, cuanto excede de los límites justos y racionales, cuanto afecta al buen sentido y gusto, cuanto puede ser causa de peligroso ejemplo y se haga temer, cae bajo el dominio de esta clase de composiciones, que, dicho se está, ha brillado en todas las literaturas: el *Satira tota nostra est*, de Quintiliano, puede ser cierto en cuanto al género independiente que forma en la literatura latina, pero no debemos olvidar que los griegos tuvieron sus *Yambos* y que aun se llaman Menipeas cierta clase de sátiras. Los romanos entendiéronlo mejor, y de ellos son los más notables modelos que en el género se pueden presentar; aquella sociedad, á partir desde el momento en que languideció la severidad republicana, para dar lugar á la inmunda corrupción de los Césares, causa primera del éxito de los bárbaros, presenta una serie de desventurados cuadros, manifiesta tales vicios y con tales desmanes se enorgullece, que, faltos de lágrimas los ojos de los pocos hombres puros, cuando cuentan con dotes para ello, flagelan á la sociedad con el látigo del ridículo, la malicia y la burla finísi-

ma del cortesano Horacio, la indignación que el mismo Juvenal confiesa *Facit indignatio versum*, la severidad y estoicismo del oscuro Persio, el notable discípulo de Annæus Cornutus, que hace con sus sátiras el complemento de la obra del adusto Tácito, pues este escribe la historia pública de su tiempo y aquél la privada; posteriores todos á Ennio, que se cree fundador del género, por ser suyos los primeros fragmentos que se conservan, se ejercitaron en satirizar los vicios de su siglo, y como legado, transmitieron el ejemplo á los que habían de sucederle, y en la Edad Media Gringoire, Ulrich de Hutten, Rutebeuf, Rabelais, preceden á los que en épocas posteriores hacen lo mismo y de los que cada nación puede presentar ejemplos valiosísimos; Quevedo, Jovellanos, Moratín entre nosotros, Hall-Rochester, Pope y Byron entre los ingleses, Murne y Hagedorn en Alemania; Bentivoglio, Aretino y Rosa en Italia, han procurado siempre ridiculizar con sus composiciones los vicios que más perjudiciales parecían en sociedad, y leídas sus obras, podemos asegurar que es grande el ensañamiento con que se calumnia al siglo en que vivimos. El moralista más severo no podría señalar un vicio, un defecto, una corrupción social, que antes no se conociera y hubiera sido objeto de censura y ridículo. Las bastardas pasiones, por las que dominado el corazón se niega á responder á nada bueno, la hipocresía y falsedad de ciertos

seres, la necia vanidad y el insoportable pedantismo, el fanatismo religioso y la superstición, el ansia de riquezas, todo, absolutamente todo, ha sido objeto de durísimos ataques en la forma que más los hiere, por el gusto con que cada uno lee el mal que á los demás se refiere. Repasados, aunque ligeramente, algunos de los mencionados satíricos, puede comprobarse lo que decimos; el mentido moralista que en todo encuentra motivo de escándalo, cuando nada hay más escandaloso que su conducta, la torpeza de los jueces hacen el objeto de la segunda sátira de Juvenal, en otra de las suyas hace alusión á los graves riesgos de la córte, en la sexta ha dicho del adulterio, enumerando los vicios de las mujeres,

Antiquum et vetus est alienum, Posthume, lectum  
Concutere, atque sacri genium contemnere fulcri;

y más adelante, en la octava, censura duramente á los que se creen nobles porque lo fueron sus ascendientes. En todo tiempo la sociedad, obrando con poca cordura, ha seguido el procedimiento contrario al que lógicamente emplea la Iglesia cristiana: esta aplica á los difuntos los méritos de los vivos; aquella deja para los vivos los méritos de los que fallecieron. Ya en los tiempos de la soberbia Roma se acostumbraba esto, y ya acerbamente lo satiriza el célebre autor que nos encanta, cuando dice

Tota licert veteres exornent undique ceræ  
Atria, nobilitas sola es atque unica virtus.

Demasiado lejos nos llevaría querer analizar cada una de las composiciones en que se han censurado los vicios que aún nos afligen; á una civilización ha sucedido otra, y en pos de sí ha traído sus defectos; desde los siglos XIII y XIV la piedad fingida de los frailes, la ambición del clero, todo el orgullo de los cardenales, fué asunto en que se emplearon los satíricos, distinguiéndose Rutebeuf, Rabelais y el Arcipreste de Hita. *El satiricón de la corte*, compilación francesa anónima del siglo XVI, es una obra que hace comprender cuán incompletos son hoy los códigos penales, y no es poco que ya en aquellos tiempos, hablando de la beata gazmoña, que gasta el suelo de las iglesias, que jamás se olvida del hábito de San Francisco, y que de continuo charla con su confesor, ante su amante dijera

Se coiffe á la culbute,  
Relevant ses tetons en butte,  
Encore qu'il fussent pendants  
Par l'usage ou les accidents.

En los tiempos modernos, Voltaire ha hecho más daño con sus sátiras que un filósofo con sus argumentaciones, Jovellanos se ha elevado á la altura de Persio, Byron no ha tenido piedad para los críticos impertinentes; mas justo es confesarlo, los unos tras los otros han hecho lo mismo y un satírico de nuestros días puede hacer más. Leyendo las sátiras y letrillas del poeta Guillermo Prieto, hay que ad-

mirar su vis cómica, su gracia, su facilidad en el manejo del verso; pero se echa de menos originalidad en los asuntos. Disculpa muy de tener en cuenta es, si bien se atiende, la falta de libertad de que en su patria ha gozado, y bien sabido cuánto las alas corta al numen poético, un régimen político retrógrado: en esto hemos de ver la principal razón por que es corto el número de composiciones satíricas de un hombre que tanta aptitud revela para el cultivo de este género, pues de lo contrario, muchas serían, dado que en países como el suyo y el nuestro, minado por bastardas ambiciones, abundan los soldados hijos más de la fortuna que de sus hechos, los políticos que sin capacidad montaron en la rueda de la suerte y al verse en alto no recuerdan lo humilde de su origen, y tanto y tanto tipo como puede constituir el fondo de una composición encaminada á corregir.

Hemos procurado presentar con entera justicia á un distinguido vate, é ignoramos si lo hemos conseguido: nuestra voluntad ha sido grande y no han sido otros nuestros deseos: sólo hemos tenido presente sus obras, sus obras que acreditan ser uno de los favoritos de las musas, al que con liberalidad suma han otorgado todos sus favores.